

MACHO ALFA
CHICA CON
CURVAS ROMANCE

motorista sucio
ROMAN



CLUB DE MOTEROS TITAN'S RAGE
KELSIE CALLOWAY

MOTORISTA SUCIO ROMAN

MACHO ALFA CHICA CON CURVAS ROMANCE

CLUB DE MOTEROS TITAN'S RAGE

LIBRO TRES



KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

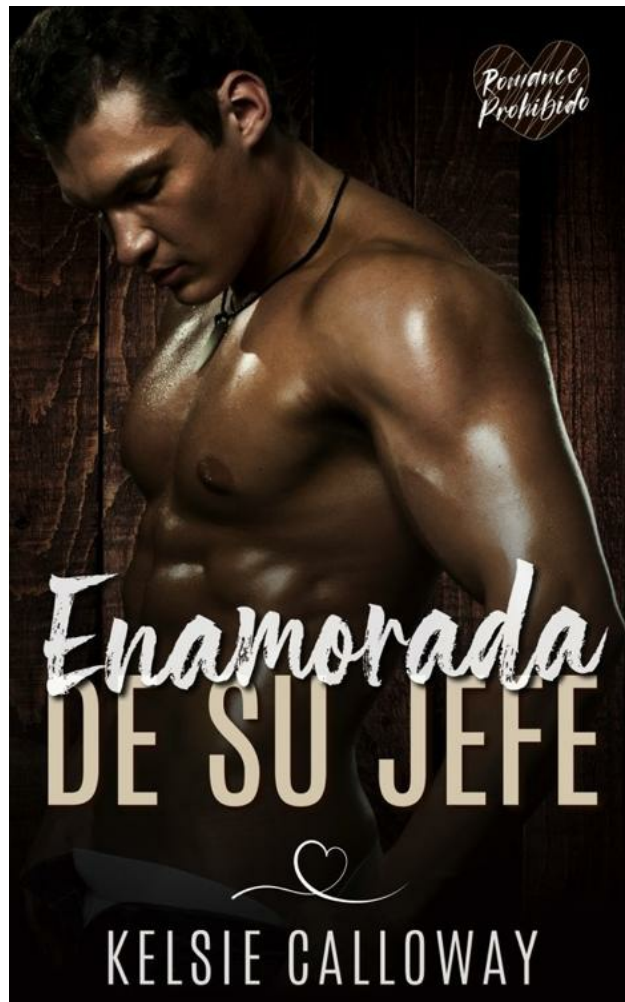
¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. [Roman](#)
2. [Sienna](#)
3. [Roman](#)
4. [Sienna](#)
5. [Roman](#)
6. [Sienna](#)
7. [Roman](#)
8. [Sienna](#)
9. [Roman](#)

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>

ROMAN



Cuando Brickhouse se compró y financió por primera vez, era un bar de policías. Lo pagaban policías, lo regentaban antiguos agentes y lo frecuentaban novatos, veteranos y hombres que habían colgado el uniforme azul. Brickhouse era el lugar donde había que estar si alguna vez habías sido policía o los respetabas.

Pero con el paso de los años, Brickhouse se fue deteriorando. Los libros de historia dirán que se debió a que pasó a manos del hijo de un policía que no entendía lo que era el trabajo duro. Llevó el lugar a la ruina. Con el tiempo, los policías dejaron de aparecer después de sus turnos y empezaron a irse a casa con sus esposas. Brickhouse se volvió como cualquier otro bar de pueblo, excepto que más sucio.

El techo goteaba cuando llovía. La mitad de las veces el dueño no pagaba las facturas y el cubo de la basura de fuera apestaba a gloria porque el camión no lo vaciaba. Los taburetes estaban rotos. La cerveza estaba rancia y a menudo caliente. Se veían bichos flotando en el whisky. Pero para los tipos desagradables que frecuentaban Brickhouse, era su hogar.

Hasta que aparecí yo.

Recién salido del ejército, me sobraba el dinero. Había estado ahorrando la mayor parte de mi cheque durante la mayor parte de una década. Por 10.000 dólares, el propietario firmó la escritura de Brickhouse, riéndose todo el tiempo. «Buena suerte, amigo», me dijo al salir con el cheque, “cuidado con las agujas en el baño”.

Pero a los veintiocho años yo era un joven con sueños y aspiraciones. Podía usar mi fortuna para reconstruir el Brickhouse. No en un bar de policías, sino en un lugar que hiciera dinero a manos llenas. Sin embargo, todo es más fácil decirlo que hacerlo.

Arreglé la gotera sólo para descubrir que había problemas de fontanería. Reemplacé todas las sillas y descubrí que también había que cambiar las mesas. Conseguí una licencia para vender bebidas alcohólicas y me di cuenta de que el antiguo propietario no tenía un proveedor de bebidas alcohólicas, sino que iba a la licorería y pagaba el coste cada vez que necesitaba algo. Cada vez que parecía que llegaba a alguna parte, Brickhouse me derribaba. Pasaron seis meses trabajando de sol a sol hasta que por fin sentí que estaba en condiciones de lanzar el negocio.

Y como si nada, el negocio se llenó de policías. El primer día. Entraron por la puerta principal como moscas en la mierda de cerdo. Me agradecieron por traer de vuelta el bar del que tanto habían oído hablar durante años.

Nunca he tenido nada en contra de la policía, pero los oficiales de la ciudad de Syracuse siempre me han caído mal. En mi adolescencia, vi una buena dosis de corrupción entre los chicos de azul. Oficiales que aceptaban sobornos, oficiales que arrestaban a personas simplemente por el color de su piel, oficiales que hacían la vista gorda por un billete de 20 dólares. Yo había

crecido con una sana desconfianza hacia la ley, lo que no hace sino demostrar lo hipócrita que soy por haber sido policía en el Ejército.

Decir que les dije en términos inequívocos que se fueran de mi bar es quedarse corto. Me hice algunos enemigos en las semanas siguientes. Cada vez que uno de esos engreídos hijos de puta entraba en mi establecimiento y enseñaba su placa, le decía que se fuera. Les recordaba amablemente que tengo derecho a negar el servicio a cualquiera por cualquier motivo. Si un agente entraba y pedía tranquilamente una copa sin portarse como un gilipollas, recibía su copa y seguía su alegre camino. Pero Brickhouse no iba a volver a ser un bar de polis, no bajo mi vigilancia.

Probablemente fue mi sistemático comportamiento de gilipollas con los polis lo que me llevó a la ruina.

Brickhouse empezó a tener problemas en tres meses. Se corrió la voz por la ciudad de Siracusa de que estaba echando a la gente. Aunque los rumores se extendieron rápido, no lo hicieron del todo. La gente dejó de venir a ver el nuevo y mejorado Brickhouse porque temían que el malhumorado dueño del bar les gritara a ellos también.

Hasta que un día un par de amigos entraron por la puerta vistiendo más cuero que piel visible. Se quitaron las capas para descubrir las mangas de tatuajes que llevaban debajo. Se sentaron en la barra, lucieron las sonrisas más amables y pidieron unos chupitos de lomo de pepinillo a juego.

Se presentaron como Lázaro y Salvador. Detrás de las risas, el cuero y la tinta se escondían dos hombres que se lo estaban pasando como nunca. Habían conseguido una cita con gemelas. Pero cuando llegaron al aparcamiento, las chicas se largaron al descubrir que los dos tenían motos. Lázaro y Salvador se echaron a reír a carcajadas. «No puedes salir con una chica a la que no le gusta montar en bici, tío», sacude la cabeza Salvador. «Puede ser cualquier cosa, hacer cualquier cosa, querer cualquier cosa, pero si no puede manejar mi moto, no puede manejarme a mí».

Lázaro y Salvador pasaron el resto de la noche en Brickhouse. Se tomaron media docena de cervezas y otro par de chupitos. Para cuando cerró el bar, yo ya los había metido en la parte trasera de mi camioneta y rezaba para que no vomitaran mientras los llevaba a sus casas.

Sus motos estaban a salvo en el aparcamiento del Brickhouse. Primero dejé a Lázaro y le di mi número. «Lláname si necesitas que te lleve por la mañana a recoger tu moto». Puede que no le conociera tan bien como a algunos de mis amigos, pero después de pasar horas escuchándole, era un tipo agradable.

Salvador fue el siguiente. Se arrastró hasta el asiento delantero después de que dejáramos a su amigo. Le dije que podía bajarse, pero negó con la cabeza y dijo que así estaba bien. «Eres un buen tipo, Roman». Apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos. «Te debo una».

«Cuéntales a tus amigos lo de Brickhouse», bromeé mientras conducía hacia su casa, escuchando las indicaciones de la voz automatizada de mi teléfono.

Savior me respondió entre dientes y me preocupó que se estuviera quedando dormido. Su casa estaba a unos minutos, pero hay que intentar despertar a un borracho.

Pero todo salió bien. Saqué a Salvador de mi coche y le di mi número también. Al día siguiente no supe nada de ninguno de los dos y cuando volví a Brickhouse esa noche para empezar a abrir, sus motos ya no estaban. Me sentí decepcionado, pero lo entendí. Al menos, me sentí bien conmigo mismo por no dejar que dos hombres evidentemente ebrios condujeran de vuelta a casa. Si no volvía a saber de ellos, al menos había evitado un posible accidente.

Pero tuve noticias de ellos. Esa misma noche, de hecho. De ellos y de lo que parecía cada

persona que habían conocido en sus vidas.

Brickhouse estaba lleno por primera vez desde su apertura. Hombres y mujeres con parches similares a las chaquetas de cuero que Lazarus y Savior habían llevado la noche anterior abarrotaban el bar. Llenaron el local, pidiendo cerveza y bebidas alcohólicas como si sus vidas dependieran de ello. Savior apareció un par de horas más tarde con un aspecto totalmente renovado y vivo de nuevo. «Espero que esto te ayude, tío», saludó por encima del estruendo de voces. «Gracias por lo de anoche. Podrías habernos llamado un taxi o un Uber o algo».

El resto pasó a la historia. Salvador y sus amigos se convirtieron en clientes habituales. Empecé a conocer a todo el mundo y lo que significaba el parche. Titan's Rage Motorcycle Club. Al principio, me preocupaba convertirme en un bar de moteros, pero todo el mundo era muy amable. Si otros cruzaban las puertas de Brickhouse, no les incomodaban ni les hacían marcharse. Todos les recibían con los brazos abiertos, les invitaban a jugar al billar o les invitaban a una copa. Eran las personas más agradables que había conocido.

Poco a poco, me di cuenta de que deseaba formar parte de ellos. Todos se querían como de la familia. Y como familia, también luchaban. Había días en los que me tocaba mover el culo por el bar para apartar a dos hombres o mujeres que se tiraban puñetazos. Nunca llamábamos a la policía porque el club se las arreglaba entre ellos.

Empecé a sentir envidia de ser sólo su camarero, el dueño del lugar al que acudían para desahogarse. Hasta que Savior me preguntó si quería formar parte del club una noche. Le preparé una copa cuando le vi entrar por la puerta, pero la rechazó. Dijo que estaba pasando por algunas cosas en este momento. «Eres un buen tipo, Roman. Eres leal a Titan's Rage aunque no tengas por qué serlo. ¿Te gustaría formar parte de esto?»

Si hubiera dicho que no, tal vez no estaría en el hospital ahora.

Verás, la gran parte de estar en un club de motociclistas es tener una motocicleta. Y cuando eres parte de un club de motociclistas, gente como los policías saben todo sobre ti. Ellos siguen la pista de lo que estás haciendo y quién eres. Y cuando te has enemistado con unas docenas de policías, no tienen miedo de hacer de tu vida un infierno.

La policía ha hecho redadas en mi bar en varias ocasiones. Han intentado cerrarlo después de enviar a chicas menores de edad con carnés falsos para intentar comprar bebidas. Han comprobado los carnés de todos los clientes que tenían bebidas. Han exigido ver mi licencia de alcohol en medio de una noche ajetreada.

Pero lo más turbio que han hecho ha sido sacarme de la carretera.

Supe que algo no iba bien cuando el coche que iba detrás de mí apagó las luces. A las tres de la mañana, nadie debería apagar las luces. Pero vi al coche patrulla salir detrás de mí cuando salí de Brickhouse y empezar a seguirme en bicicleta. Mi ritmo cardíaco se disparó cuando entré en una carretera de dos carriles en dirección a mi casa y el coche patrulla apagó las luces. Aceleré, pero él también lo hizo. No había tráfico en dirección contraria al que pudiera encender las luces, así que hice lo que haría cualquier otra persona: Reduje la velocidad.

Mi único pensamiento era que si reducía la velocidad lo suficiente, podría sobrevivir al impacto. Pero no hubo impacto. De hecho, apenas recuerdo lo que pasó después. Sentí que el coche se desviaba en mi dirección y luego me aparté de él. Sentí que mi rueda delantera golpeaba la tierra y la grava y luego el resto de mi moto hizo lo mismo. Caí al suelo y recuerdo que sentí mucho dolor. Luego hubo mucha oscuridad durante mucho tiempo. Luego, de repente, luces rojas y azules parpadeando y sirenas a todo volumen. Hombres y mujeres me rodearon, empujándome y tirando de mí, haciéndome un millón de preguntas. Tenía el cerebro nublado y estaba demasiado agotada para hablar, así que no lo hice. Cerré los ojos y volví a la oscuridad.

He cometido muy pocos errores en mi vida. Pero puedo contar con los dedos de una mano los que me llevaron a acabar en aquella zanja. Pero fueron precisamente esos errores los que me llevaron a conocerla.

SIENNA



La mayoría de las enfermeras novatas trabajamos en el turno de noche porque tenemos que hacerlo. No tenemos antigüedad y estamos aquí hasta que la tengamos, pero me encanta. No hay tanto trabajo a las cuatro de la mañana como a las cuatro de la tarde. Tienes la oportunidad de relajarte, descansar los pies y... «Sienna», Laura interrumpe mis pensamientos con un susurro escandaloso. «Te toca el bombón de la habitación 12».

Rose pone los ojos en blanco. «¿Cómo puedes siquiera decir que es atractivo? Tiene cortes y moratones por todas partes. Sinceramente, Laura», amonesta sacudiendo la cabeza, «¿cuándo has tenido siquiera la oportunidad de mirarle?».

Pero Laura nunca dejará escapar sus secretos. «¿Quieres cambiar?» Se muerde el labio inferior, con los ojos llenos de emoción.

«Me parece bien...» “No”, Rose pone el pie en el acelerador, aplastando nuestro intercambio antes de que tengamos la oportunidad de concretarlo. «No puedes intercambiar pacientes como si fueran cromos de béisbol. Jesús». Rose se persigna y levanta la vista, murmurando unas palabras.

Casi me siento mal. La hicimos tomar el nombre del Señor en vano y sé lo religiosa que es. «Lo siento, Rose», murmuro, luego me vuelvo hacia Laura y pronuncio otra disculpa en su dirección. No me importa si me toca la paciente caliente o no. Me da igual. Pero no voy a cabrear a la enfermera jefe por hacerlo.

Rose controla su nerviosismo y me entrega el expediente del paciente. «Roman Taylor, según la identificación encontrada en su persona. Tuvo un accidente de moto. Una persona llamó diciendo que lo vio salirse de la carretera. Tiene una conmoción cerebral, algunos dedos rotos, una costilla rota», parece que se eterniza. No tiene heridas graves ni huesos rotos, pero sí muchos cortes y magulladuras que le van a doler por la mañana. «Aún no se ha despertado, pero en Urgencias lo han estabilizado».

Casi me da miedo entrar en su habitación. He visto a víctimas de accidentes de moto antes. Lo han pasado mucho peor que él, pero Roman Taylor parece estar en mal estado. «Yo cuidaré de él, Rose.»

«Ese es tu trabajo, Sienna», dice ella con prontitud antes de girar sobre sus talones y largarse.

Laura la mira marcharse y coge la carpeta del paciente. «Rápido. Dámelo. Iré a verlo por ti».

Aprieto el expediente de Roman contra mi pecho instintivamente. «No, Laura. No quiero disgustar a Rose. Siempre puedes pasarte si quieres, pero este es mi paciente».

No tengo ninguna propiedad real sobre Roman Taylor, pero no quiero que vaya de un lado a otro entre las enfermeras, especialmente si Laura sólo quiere estar cerca de él porque es atractivo. Estoy aquí para hacer un trabajo, que es cuidar de mis pacientes lo mejor que pueda. Me hice enfermera por mi madre. Estuvo entrando y saliendo del hospital durante toda su vida debido a

diversas enfermedades. No siempre recibía los mejores cuidados de las personas que la atendían más a menudo: las enfermeras. Si puedo mejorar la vida de una sola persona o hacer que su estancia en el hospital sea un poco más fácil, me basta.

Llamo a la puerta de Roman y, al no oír respuesta, entro. Las luces están tenues y el zumbido de las máquinas crea un efecto de ruido blanco en la habitación.

«Hola», llega una voz delgada desde la cama, “¿podría traerme agua, por casualidad?”.

Casi doy un respingo. No esperaba que Roman estuviera despierto. «Sí, claro. Tiene una manta encima y los ojos cerrados, pero bostezo visiblemente. Cojo un vaso de papel de la encimera, enciendo el fregadero y lo lleno de agua. «Toma. Voy a levantarte un poco la cama, ¿vale?».

Los ojos de Roman se abren lentamente, revelando el tono más hermoso de azul bebé. «Vaya, doc, eres preciosa».

Un rubor se extiende por mis mejillas mientras pulso la flecha hacia arriba de la cama. «Soy tu enfermera, Sienna».

«Eso es aún peor», gime, »las enfermeras son ángeles. Mírate».

Le doy el vaso de papel y deduzco que debe de estar bien drogado. Si estuviera sobrio, no hablaría así. No suelo ser la enfermera que prefieren los pacientes de por aquí. Tengo una figura más rellenita que mi uniforme y, aunque se me conoce por romper una costura o dos a lo largo de los muslos, los pacientes se sienten más atraídos por Laura. «¿Cómo te sientes, Roman?»

Sorbe lentamente el agua, saboreándola en la boca antes de tragar. «Mejor ahora que está aquí, enfermera Hermosa».

Oh, vaya. Me pregunto si debería haber enviado a Laura aquí en primer lugar. Quizá sea un síntoma de su conmoción cerebral. No es que haya oído antes que los hombres encuentren a las chicas guapas un síntoma de conmoción cerebral, pero podría estar en la lista de síntomas súper raros. Lo buscaré más tarde en «delirio». «¿Cómo se siente tu cuerpo?»

«Estoy bastante dolorida ahora mismo, pero podrías intentar besar mis boo-boos. Eso podría ayudar. Estoy dispuesta a renunciar a la medicina occidental por una inyección contigo». A pesar de los moratones que ya se le han hecho más profundos por encima de la ceja y a lo largo del pómulos, sonrío e ilumina toda su cara.

Tengo que admitir que Laura tenía razón: es un hombre atractivo. No es solo la forma en que coquetea abiertamente conmigo sin importarle las preguntas médicas que le hago. Es la anchura de sus hombros, visibles por encima de las mantas. Son sus tatuajes tatuados en el pecho, que me piden que los roce con los dedos. Es su forma dulce y adorable de llamarme guapa cada vez que me habla, aunque no me haya dicho más que unas pocas frases. «Hablas muy bien, Roman». Alargo la mano para cogerle el vaso de papel, pero incluso con una conmoción cerebral y habiendo tenido un accidente, es rápido.

Roman me agarra por la muñeca. Su agarre no es muy fuerte, pero hace que una corriente eléctrica recorra mi cuerpo. «Cariño, acabo de sobrevivir a un intento de asesinato. La prueba de que tienes los días contados y de que no sabes muy bien cuándo te tocará a ti. Y ahora que estoy despierto, me encuentro mirando a una hermosa mujer. Sería un idiota si te dejara salir de aquí sin decirte eso».

He conocido más que mi parte justa de pacientes que han tenido un roce con la muerte y empiezan a querer vivir sus vidas. Carpe diem, ¿verdad? Pero esta es la primera vez que vivir sus vidas me ha involucrado. «Bueno, gracias, señor. Aprecio el cumplido».

«Entonces no te importará si te pido una cita». Tal vez sea porque se me abren los ojos o se me desencaja la mandíbula. Tal vez sea porque no respondo inmediatamente. Sea lo que sea,

Roman me suelta la muñeca y levanta la mano. «Eso si no cree que estoy siendo demasiado atrevido, señorita».

La verdad es que tengo veinticinco años. Hace años que no tengo una cita. Me gradué de la escuela secundaria y fui directamente a la universidad. Pasé cuatro años estudiando empresariales, pero decidí que odiaba la idea de dirigir mi propio negocio. Justo después me licencié en enfermería y ahora estoy en mi primer año como enfermera, trabajando en turnos de doce horas, de diez de la noche a diez de la mañana. No tengo tiempo para novios ni citas. Algunos días apenas tengo tiempo para comer. «Roman, no sé si es buena idea. Apenas me conoces y yo no sé nada de ti».

Asiente con la cabeza lentamente, haciendo una mueca de dolor con cada movimiento. «¿Cuándo acaba tu turno, preciosa? Primera cita. Ahora mismo. Aquí mismo. Vamos a conocernos».

Echo un vistazo a mi reloj. Son las cuatro y media. Aún faltan varias horas. «A veces tendré otros pacientes a los que atender», le advierto. «Y no estoy segura de que esto sea una buena idea». Miro hacia la puerta, pensando en que antes no quería que Laura se llevara a Roman porque no quería que ligara con él, ahora mírame a mí.

«¿Crees en el kismet? ¿El destino? ¿Destino?» Roman no espera a que responda. «He tomado muchas decisiones en mi vida. De las que no estaba seguro en el momento. De las que me arrepentí más tarde. Otras que creía equivocadas. Pero creo que todas tenían que pasar para que hoy acabe aquí».

Ante mí yace un hombre roto, casi literalmente. Está magullado y cortado. No sé qué aspecto tiene su cuerpo bajo las mantas, pero por lo que me ha contado Rose, coincide bastante con su cara. Pero sigue siendo guapísimo y habla poéticamente del destino. Por un minuto considero descartarlo. Salir y decirle a Rose que su conmoción cerebral le está llevando a decirme cosas raras.

Pero entonces recuerdo a mi madre. Ella tenía días así. Días en los que estaba en el hospital y sólo quería hablar con alguien, aunque sólo fuera unos minutos. A veces las enfermeras le dedicaban su tiempo a regañadientes, pero la mayoría de las veces le decían que estaban demasiado ocupadas. Más tarde las encontraba sentadas en la sala de enfermeras cotilleando sobre los pacientes o sus vidas personales.

Me metí en este trabajo para ayudar a los demás. Sé que hay muchas enfermeras que hacen lo mismo. Quieren estar ahí para sus pacientes. Quieren ser los mejores cuidadores posibles. Así que, por ellos y por Roman, cojo una silla y la acerco a su cama. «¿Por qué necesitabas acabar aquí hoy?».

«Me alegro de que preguntes, Sienna».

ROMAN



En cuanto abro los ojos y la veo, sé que es mi destino.

Igual que alistarme en el ejército me llevó a ahorrar dinero, que me llevó a comprar Brickhouse, que me llevó a conocer a Lázaro y Salvador. Todo está destinado a ser. Todo lo que he hecho, ya sea una buena o una mala decisión, me ha llevado a donde se supone que debo estar.

Cabrear a la policía cuando Brickhouse abrió por primera vez me llevó a que un oficial enfadado me sacara de la carretera, lo que tuvo que ocurrir para que conociera a Sienna. Una belleza morena de ojos rasgados que es todo lo que siempre he soñado. Y sé que el concepto de destino suena tonto para algunos, pero imagina cambiar una sola cosa que te haya pasado. El efecto mariposa se extendería por toda tu vida y no serías quien eres hoy.

Eso es lo que Sienna significa para mí.

«A ver si lo entiendo». Sienna escucha mi teoría sin emitir ningún juicio. «¿Tu accidente ocurrió para que pudieras estar hoy aquí y conocerme? ¿Y si le hubieran dado a Laura el expediente del paciente?».

Es lo que tiene el destino. Está fuera de tu control. «No puedo decirte que eso no hubiera pasado, pero por algo nos conocimos».

Si cree que estoy loco, lo disimula bien. Sienna asiente con la cabeza antes de preguntarme si me encuentro bien. «No quiero que esa pregunta niegue lo que estás diciendo», explica, “pero llegaste con una conmoción cerebral y quiero asegurarme de que estás bien”.

Pero ya lo verá. Al final lo entenderá.

Cuando abrí los ojos para verla, fue como vislumbrar el cielo. Sabía que por el resto de mi vida, sin importar lo que hiciera, tendría otro momento oasis como ese. «Háblame de ti, Sienna». Estoy perfectamente bien. No me pasa nada que unos días tumbada en la cama no puedan arreglar.

«¿Qué quieres saber?» Cruza las piernas por el tobillo. Sus manos descansan sobre el regazo, con las palmas hacia arriba, la izquierda abajo y la derecha arriba.

Tengo cuidado de memorizar cada detalle de ella. Me duele mucho la cabeza y existe la posibilidad de que, si no memorizo estos detalles, se pierdan en cuanto me duerma. «¿Quién es usted? ¿Por qué te hiciste enfermera? ¿Cuándo puedo volver a verte?».

Una sonrisa aparece en sus labios y me recompensa con unas mejillas sonrosadas. «Haces muchas preguntas».

«Tengo mucho tiempo que recuperar», respondo con sencillez. Si es capaz de mirar más allá de mi cuerpo magullado y maltrecho, quizá podamos encontrar el camino el uno hacia el otro.

Sienna responde a mis preguntas en el orden en que le han sido formuladas. «Soy Sienna

Clark, veinticinco años, enfermera a tiempo completo. Me licencié en enfermería porque quería ayudar a la gente. No estoy segura de si volverás a verme o cuándo, porque trabajo sesenta o más horas a la semana, dependiendo de cuándo me necesiten».

Sus palabras no me llenan. No ahonda en la esencia de lo que es. Y creo que es porque me mantiene a distancia, protegiéndose de un paciente potencialmente delirante que cree que sólo necesita a alguien con quien charlar. Pero yo soy más que eso. Y sé que ella es más que su edad y su trabajo. «¿Por qué quieres ayudar a la gente?».

La sonrisa de Sienna vacila. «¿Qué quieres decir?»

Hay muchas razones por las que puedes querer ayudar a alguien. Algunas personas lo hacen porque tienen un corazón de siervo, como mi madre. Su manera de servir al Señor es ayudando a los demás. Algunas personas ayudan a otras para ayudarse a sí mismas. Es una forma autoindulgente de ganarse el favor de los débiles. Hay un espectro para hacer buenas obras. «¿Dónde caes en él?» Sé que no es tan simple, por eso Sienna se detiene.

«Supongo que, respondiendo a tu pregunta original, me hice enfermera por mi madre. Ella entraba y salía mucho del hospital. La vi tener buenas y malas enfermeras, buenos y malos médicos, y cuando falleció, me sentí frustrada con sus cuidados. ¿Por qué no había más gente que recordara su nombre? Sienna frunce el ceño y sacude la cabeza. «Si alguien está en tu rotación durante una semana, ¿no recordarías quién es?».

Como propietaria de un bar, entiendo la importancia de la hospitalidad. Sé que los hospitales y la hospitalidad no van necesariamente de la mano, pero entiendo de dónde viene Sienna.

«Después de un tiempo, decidí que quería formar parte de la solución. La sangre no me da escalofríos y estar de pie doce horas al día aún no es agotador. Todavía soy joven. Todavía tengo la oportunidad de ser esa enfermera que puede hacer que la estancia de alguien en el hospital sea un poco menos horrible. No suelo salvar vidas, pero a veces la gente se acuerda de mí. Se acuerdan de la chica que les trajo gelatina de fresa en vez de lima o que les consiguió una almohada extra». Encogiéndose de hombros, Sienna descruza las piernas hacia un lado y luego las cruza hacia el otro. «La gente que viene a Urgencias suele estar aquí en el peor día de su vida. Si puedo mejorarlo un poco, ¿qué hay de malo en ello?».

Parece una heroína. Me recuerda a mi madre. «Eres una de las buenas, Sienna».

Ella no responde mucho. Vuelve a sonreír y mira al suelo, casi avergonzada de que la colmen de elogios. «Sólo hago mi trabajo, Roman».

Creo que es más que eso. Pero si la elogio demasiado, temo que se aleje de mí. Así que mantengo la boca cerrada y empiezo a hablarle de mí. «¿Crees que podrías enamorarte de un ex militar convertido en dueño de un bar? No tengo mucho que ofrecer, sólo un buen corazón y un paseo rápido».

Sienna levanta una ceja. «Un viaje rápido, ¿eh?» Pregunta escéptica. «¿Seguro? ¿Has visto tu moto?».

«Oh», gimo, “puede que tengas razón”. Me pregunto adónde se habrán llevado mi trozo de acero retorcido. Pagué un ojo de la cara por mi Honda Shadow. No era una moto de alta gama, pero era una cruiser decente. Yo había recogido una dama o dos en mi máquina de cromo antes. «Voy a volver a usted en la parte de paseo rápido, pero todavía tengo un buen corazón. A menos que también se dañara en el accidente».

Con una media sonrisa, sacude su cabecita. «No, tu corazón está bien. ¿Y la cabeza? No tanto. Tienes suerte de llevar casco. Te diste un buen golpe contra el suelo, de ahí la conmoción».

Antes de que pueda responder, llaman a la puerta y entra otra enfermera. Es otra joven, pero

no tan guapa. «Hola», me saluda al entrar. «Soy Laura». Laura tiene una cara dulce y el cuerpo de una modelo. Conozco a una docena de chicos en el club a los que les encantaría conocerla. Por desgracia, yo no soy uno de ellos. Sólo tengo ojos para Sienna.

«Hola, Laura», intento inclinar la cabeza en su dirección pero no me sale bien.

«Sólo vine a avisarle a Sienna que su paciente de la habitación 29 la necesitaba». Aunque Laura ha venido a hablar con Sienna, no me quita los ojos de encima.

Sienna se levanta y me sonrío. «El deber me llama, Roman».

«Hasta pronto, preciosa». Es un cliché, pero me encanta verla irse. Puede que sólo lleve un uniforme, pero le sienta como un guante.

Nunca me he considerado un hombre de culos o tetas. Sólo soy un hombre que sabe apreciar a las mujeres. No importa lo que tengan, mientras tengan algo. Como cuando se trata de Sienna, ella lo tiene todo.

La puerta está a unos centímetros de cerrarse detrás de las chicas cuando oigo a Laura susurrarle a su amiga: «¡¿Guapa?! Cuéntamelo todo». Y me arranca una sonrisa. No quería ser la responsable de los cotilleos del trabajo, pero no he podido evitarlo.

Sienna Clark es la personificación de todo lo que he buscado en una mujer. Puede que tenga una agenda apretada, pero puedo trabajar con ella. Si hay algo que he aprendido de mi roce con la muerte, es que la vida es corta. La vida no te va a dar las cosas sin más; a veces tienes que cogerlas.

SIENNA



Laura no se rinde. Me sigue por el pasillo hasta la habitación 29, acosándome con preguntas y exigiendo saber por qué he pasado tanto tiempo con Roman. «¡Por favor, Sienna!» Me suplica. «Estoy viviendo a través de ti. Nunca he salido con un chico malo. Sólo déjame hacerlo esta vez».

No sé si realmente encasillaría a Roman Taylor como el tipo de chico malo. Sobre el papel, es del tipo T. ¿Ex militar? Comprobado. Algunos de esos militares son conocidos por su reputación. ¿Propietario de un bar? Doble comprobación. Servir alcohol toda la noche puede ocasionalmente llevar a ciertos comportamientos. ¿Accidente de moto? Triple comprobación. También podría decirle a Laura que tiene razón.

Pero todos estos rasgos se explican fácilmente cuando empiezas a hablar con Roman. Es un tipo despreocupado que, genuinamente, tiene un buen corazón. Cree en el destino, por el amor de Dios. El tipo sabía lo que era la palabra kismet y cómo usarla correctamente en una frase. ¿En qué clase de chico malo certificado lo convierte eso?

«Odio tener que decírtelo, Laura, pero no es tan mal chico».

Se burla de mí. «Tiene tatuajes. Acaba de tener un accidente de moto a las tres de la mañana». Laura se apoya en la pared de la habitación 29. «Si eso no es malo, no sé lo que es».

«Sí, sobre el papel es tan bueno como malo, pero sin embargo no lo es». Sé que parezco una loca y que lo que digo no tiene sentido, pero no quiero que Laura lo idealice. «Roman es un buen tipo. Tal vez incluso un poco tonto. Lo de querer pasar el resto del turno conmigo fue un poco exagerado».

A Laura se le cae la mandíbula y chilla tan fuerte que si mi paciente no estaba ya despierto, ahora lo está. «¡Sienna! ¿Le gustas?! ¿Le gustas a ese motero tan guapo?!».

No tengo tiempo para esto. Tengo que ver a un paciente. Y francamente, no estoy segura de lo que Roman siente por mí de una forma u otra. «Hablaemos más tarde.» Pero no tengo intención de hablar con ella más tarde porque necesito tiempo para pensar.

Roman Taylor es un tipo guapo, eso no se puede negar. Puede que no le viera todo el cuerpo, pero su cara era bastante atractiva. Y tenía una manera fácil de ser. Algunos dirían que es carismático. Pero no sé si eso es suficiente para convencerme de sacar tiempo de mis preciados días libres para tener una cita con él.

Mi tiempo libre es limitado. Entre trabajar como una burra en el hospital y estudiar para ser mejor en mi trabajo, no tengo mucho tiempo libre. ¿Cuándo voy a tener tiempo para cenar y ver una película? ¿O sacar tiempo para construir una relación? Tengo un reto fundamental en esta área íntima y emocional de mi vida. He dejado de lado las relaciones para construir mi carrera y ahora tengo que averiguar cómo dejar de lado mi carrera para construir una relación?

Suena duro, incluso difícil. Y no sé si estoy preparada para ello.

Me encuentro de nuevo en la habitación de Roman poco después de las seis y media. En vez de dormir, está sentado y cambiando de canal en la tele. «¿Quién te ha dado el mando?»

«Volvió la chica Laura», dice encogiéndose de hombros, »me mulló la almohada, me trajo más agua, cubitos de hielo, me ofreció gelatina. Una chica muy maja».

Por alguna razón, esto me saca de quicio. No habla de Laura como lo hizo conmigo, con esa voz dulce como el azúcar en la que la llama guapa y habla del destino, pero aún así me enfada. «¿Quieres que la coja?» Me encuentro preguntando groseramente. «Quizá los dos podáis congeniar».

Roman pulsa el botón de silencio de la televisión y se gira en mi dirección. «¿Estás celosa, guapa?» Me pregunta con una sonrisa curvada en los labios.

«No sé por qué iba a estarlo. Apenas te conozco». Empiezo a ordenar cerca del fregadero, pero no sé qué estoy limpiando. El médico no ha venido y no hay nada desordenado.

«Querida, no es ninguna vergüenza interesarse por un hombre guapo. Ya te he dicho que quiero volver a verte. Sólo dilo y soy tuya».

¿No me estaba preocupando por hacer tiempo para él? ¿No me estaba volviendo loca por tener una relación? Ahora estoy celosa porque Laura le compró gelatina verde. ¿Qué clase de chica soy? «Otra vez, apenas te conozco».

Roman suelta un suspiro. Oigo la frustración mezclada con su paciencia. «Siéntate, Sienna.

«Tengo trabajo que...»

«Siéntate, Sienna», vuelve a decir, esta vez con más fuerza que la anterior. «¿Quieres saber quién soy? Te lo voy a decir. Cuando tenía dieciocho años me alisté en el ejército. Acababa de terminar el instituto y no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. No era lo bastante listo para ir a la universidad y, de todas formas, odiaba la escuela, así que me alisté para servir a mi país. Pensé que qué demonios, ¿qué era lo peor que podía pasar?».

Resulta que Roman está tan lejos de ser un chico malo como Laura podría imaginar. El tipo que lleva tatuajes en el pecho y los brazos podría ser en realidad el hombre más respetable que ha cruzado estas puertas. Sirvió en la policía militar. Fue desplegado dos veces en diez años y vio combate una vez. Es un hombre de negocios trabajador que conoce el valor del dólar, pero no está obsesionado con hacer fortuna. Tiene una banda de hermanos en su club de moteros, pero no son una banda. Lo recalca una y otra vez. «Somos una familia, Sienna, nos cuidamos los unos a los otros».

Roman pasa veinte minutos resumiendo sucintamente quién es de principio a fin, poniéndome al corriente de los acontecimientos actuales de su vida, incluido lo que le llevó al hospital. «No pretendo sobrecargarte de información, pero quiero que sepas en qué te estás metiendo. Pareces asustado por alguna razón y no sé si es por el motivo por el que estoy aquí o qué, pero me imagino que si conoces todos los hechos, quizá tengas un poco menos de miedo.»

No sé qué decirle a Roman. O, bueno, lo sé, pero no sé cómo decirlo sin parecer demasiado joven para él. «Gracias por contarme todo eso».

Juguetea con el mando a distancia y frota los botones con el pulgar. El televisor pasa de una pantalla borrosa a una imagen y viceversa. «Háblame, Sienna. ¿Cuál es el problema?»

Me debato entre decirle o no la verdad y decido que es la mejor opción. «Roman, no tengo citas. Mi carrera me mantiene ocupada y no he encontrado un hombre por el que merezca la pena dejarlo. Eres encantador y dulce, pero...»

«-Tampoco estás segura de si yo valgo la pena», termina por mí, sonando un poco triste al hacerlo.

Niego con la cabeza. «Si te sirve de algo, lo siento».

De algún modo, a pesar de lo que he dicho, Roman se endurece ante los hechos. «No pasa nada, Sienna Clark, porque estás vacilando. Estás insegura, lo que significa que aún tengo una oportunidad».

Oh, vaya. No me di cuenta de que vería esto como una oportunidad. «Espera un segundo, no quise decir...» Sin embargo, me corta. «No voy a salir de aquí hoy, ¿verdad?»

Me pilla desprevenido su repentino estallido de energía. Me envía a la parte delantera de su cama, donde cojo su historial y miro la lista de problemas que Rose me ha contado antes. «No lo creo. La conmoción cerebral por sí sola tendrá que ser monitoreada por lo menos durante unas horas más. Es posible que pueda salir de aquí al final del día, pero el médico probablemente lo mantendrá cerca por si acaso.

«¿Volverás esta noche?»

Cansado, dejo el portapapeles en el suelo y asiento con la cabeza. «Roman, sé lo que estás haciendo y...».

Sacude la cabeza. «No, no lo sabes. Puede que creas que sí, pero no».

Este hombre guapo y carismático está haciendo planes. Ya puedo verlos zumbando en su mente. Y a pesar de mí misma, estoy emocionada. Siento un aleteo en el pecho. «¿Puedes descansar un poco? Iré a verte dentro de un rato».

Roman se echa hacia atrás, con una sonrisa en los labios. «Tus deseos son órdenes».

Pero lo dudo. Si le pidiera que no hiciera lo que está pensando hacer, dudo que me escuchara.

ROMAN



*A*ntes de que se fuera, conseguí convencer a Sienna para que me diera su número. «Voy a estar dormida casi todo el día», me advierte.

«Está bien», le digo. «Pero no necesitas ningún sueño reparador, preciosa. Eres perfecta tal y como eres».

Sienna se resiste a sonreír. Veo que se le dibuja en la comisura de los labios. «Sé amable con Michelle. Me va a sustituir».

Cuando Michelle entra por la puerta, no se parece en nada a ser atendida por Sienna. Es más como ser mimada por una madre. Mientras que Sienna es una enfermera guapa y cariñosa con la que sólo quiero sentarme y hablar durante horas, Michelle hace lo imposible por mullir mis almohadas y traerme todo lo que quiero. No porque piense que soy guapo, sino porque tiene más de cincuenta años y ese instinto maternal. Que es una de las razones por las que me siento cómodo contándole mi plan.

Normalmente no me plantearía pedir ayuda a alguien como ella, pero Michelle ha demostrado ser más que capaz. «¡Es tan emocionante!» chilla cuando le digo lo que necesito que haga. «Creí haber oído a Sienna mencionar que eras dulce con ella, pero no estaba segura de haberlo oído bien».

Así que hablé de mí. Interesante. «Sólo quiero hacer algo bonito por ella. ¿Crees que puedes arreglar todo eso?»

Michelle me lanza un guiño. «Cariño, déjame el trabajo pesado a mí. Yo me ocuparé de ti».

Paso la mayor parte del día entrando y saliendo del sueño. De vez en cuando, un médico o Michelle entran en la habitación para ver cómo estoy. La policía viene a tomarme declaración y tengo más que suficiente sentido común para saber que no hay que tirar a los suyos debajo del autobús. Lazarus se pasa de camino al trabajo para ver cómo estoy. Dice que un par de tipos se han pasado por el depósito y que mi moto no está allí, así que lo más probable es que se la hayan llevado al desguace. Jura que están trabajando para encontrarme una nueva, pero no importa. Ahora mismo estoy de baja; aunque me encuentren una moto nueva, no voy a poder conducirla.

A la hora de cenar le envío un mensaje a Sienna para ver si está despierta. Tarda un poco en responder, pero lo hace con un tímido «Hola». En mayúsculas, le digo que no coma antes de su turno. Es primordial que venga a trabajar con hambre, preferiblemente una hora antes de que empiece su turno. A lo que Sienna responde que no le gusta lo que estoy insinuando. Le respondo con un emoji descarado y nada más.

Sé que está indecisa sobre mí, sobre nosotros. No lo entiendo, pero sé que es así. En el mundo del que vengo, si te gusta alguien, sales con él. Pero Sienna parece ser más profesional que yo. Está centrada en su carrera. Por mucho que me guste Brickhouse, lo dejaría sin pensarlo

por alguien como ella. ¿Qué es el éxito y la felicidad si no tienes a alguien con quien compartirlo?

Por eso le pido a Dios que todo salga bien esta noche. Mi vida no ha sido miserable. De hecho, hay muchas cosas que me han hecho feliz a lo largo de los años. Pero nunca he encontrado a la mujer adecuada para mí. Sienna podría serlo, y no voy a correr ningún riesgo.

Michelle asoma la cabeza por la puerta minutos antes de que llegue Sienna. «Todo está listo. ¿Cómo te encuentras?»

A medida que ha ido pasando el día, mis dolores han ido empeorando. Supongo que es parecido a cuando haces ejercicio y al día siguiente te duele más el cuerpo. «Como si me hubiera atropellado un camión de 18 ruedas», digo inexpresivo. «Pero mientras todo vaya según lo previsto, todo irá bien».

En la cara de Michelle se dibuja una línea de preocupación y entra en la habitación. Sabía que no debía decirle la verdad. «¿Necesitas más analgésicos? Quizá no debería haberte bajado la dosis», dice con una risita nerviosa.

Necesitaba que me bajara la dosis para dejar de entrar y salir del sueño. El médico dijo que si todo seguía bien, podría irme a casa por la mañana. «No, no», le levanté un dedo a la maternal Michelle, «no hables así. Tenemos un plan».

«Lo sé», me dice, «pero siempre puedes llevarte a Sienna a una cita cuando salgas de aquí. Sería estupendo. Arreglarlos e ir a un sitio bonito. ¿Qué te parece?»

Suena como una decepción en comparación con lo que tanto me ha costado organizar. «No. Esto está sucediendo.» Aunque me mate.

Ajusto el ramo de rosas en mi regazo, apropiado de un invitado que se fue sin cogerlas, cortesía de Michelle. «Ahora sal y espera a Sienna. Dile que venga aquí a primera hora cuando llegue». Odio darle órdenes, pero si se queda aquí mirándome mucho más tiempo, podría ceder y administrarme drogas contra mi voluntad. Lo último que necesito es estar babeando en mi cena.

Sólo pasan unos minutos antes de que oiga el pomo de la puerta y vea su cara brillante. Hoy lleva el pelo oscuro suelto, cayendo en ondas alrededor de los hombros. Sienna va vestida de trabajo con un uniforme de color púrpura oscuro y tonos joya. Me parece preciosa. ¿Pero cuándo no lo he hecho?

«Dios mío», jura cuando cruza la puerta y me ve sentado con un ramo de flores en el regazo. «Te dije que fueras amable con Michelle, no que la embaucaras para que hiciera lo que tú quisieras».

La fulmino con la mirada. «¿Qué quieres que te diga? Soy un tipo encantador. La gente quiere hacer cosas por mí».

Sienna cruza la habitación de mala gana. Al acercarse, hace un ruido irritado y pone los ojos en blanco. «¿Toda una cena a la luz de las velas? ¿Por eso no pude comer?».

Era difícil encontrar velas en un hospital, pero Michelle lo consiguió. «Por cierto, tendrás que devolverlas a la capilla cuando acabemos aquí». Tiro hacia atrás la manta para revelar algunas partes del cuerpo negras y azules que he estado ocultando de mí misma. Tuve suerte de llevar vaqueros cuando naufragué, o de lo contrario la mitad de la piel de mi cuerpo estaría hecha jirones.

«¿Vas a ponerte la bata del hospital o vas a cenar en ropa interior?». Sienna aparta la mirada cuando pregunta, apartando los ojos de mi cuerpo como si fuera indecente.

Me miro de arriba abajo y me encojo de hombros. «Quiero decir, si quieres igualar mi energía, por supuesto». Me encantaría verla desnudarse.

«¿Cuándo has tenido tiempo para hacer todo esto?»

Oh, simplemente va a ignorar mi sugerencia. Entendido. «Entre siestas y visitas de la poli y mis colegas».

Sienna duda cuando menciono a la policía. «¿Les contaste lo que pasó?»

La verdad es que quería hacerlo. Tenía tantas ganas de echarles en cara que sobreviví. Quería sacarles la lengua y reírme. Puede que tu chico intentara matarme anoche, pero mírame. No puedes acabar con este hijo de puta tan fácilmente. Pero prevaleció el sentido común. «No habría mejorado las cosas. En todo caso, probablemente habría empeorado las cosas».

Me bajo de la cama y me acerco a la mesa, arrastrando conmigo mi estación de hidratación móvil. Me inyecta algo en las venas, pero no sé qué. Michelle dijo que eran fluidos, pero no sé por qué. «¿Qué tal el día?» Los dos tomamos asiento frente a un par de platos cubiertos. Fue difícil conseguir que trajeran carne al hospital, pero sólo porque muchos buenos lugares para cenar no abren tan tarde.

«Dormí hasta las seis o así. Me levanté y empecé a trabajar en una de mis clases para mi APRN. Recibí un mensaje de texto que me decía que no cenara, que para mí es técnicamente el desayuno, así que me comí una barrita de cereales para intentar saciar el apetito. Me duché y escuché mi podcast en español porque quiero mejorar en la comprensión y hablar con nuestros pacientes culturalmente diversos. Y aquí estoy».

Ella hace más en un par de horas que yo en todo un día. Puede que yo dirija el bar, pero abrir algunas cervezas y servir copas no parece tan laborioso cuando estoy junto a ella. «¿Y vas a trabajar un turno de doce horas a continuación?»

«Mi último turno de doce horas de la semana», termina Sienna con un bostezo. «Dos días libres, que necesito porque voy retrasada en mis clases. No mucho, sólo un día de trabajo más o menos».

Sienna lleva una vida muy ajetreada. Desde que se levanta hasta que se va a dormir, todo lo que hace es ir, ir, ir. «¿Cuándo te diviertes?»

Pero cuando le hago esa pregunta parpadea, como si la diversión fuera un concepto extraño. Tarda un minuto en entender lo que le pregunto antes de responder. «No tengo tiempo para divertirme, Roman. Estoy demasiado ocupada».

«Pero, ¿por qué?»

Inquieta, Sienna retira la tapa que cubre su cena y yo la sigo. «Porque tengo objetivos. Podría acabar el máster a finales del año que viene si...» »¿Qué edad tendrás? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? En lo más alto de tu carrera, ¿y luego qué? ¿Qué será lo siguiente? ¿Por qué sacrificas tu felicidad personal por esto?».

Su mano se cierne sobre los cubiertos, los dedos flexionándose ansiosamente. «No lo sé. No tengo una razón».

Es arriesgado pedirle que baje el ritmo en la persecución de sus sueños, pero si no tiene una razón para hacer lo que está haciendo, ¿por qué no? «Sienna, creo que siempre hay que soñar a lo grande. Todo el mundo, hombre o mujer, debería alcanzar las estrellas. Pero nunca debes renunciar por el camino a las cosas que te hacen feliz. Eso parece una receta para el desastre. Porque cuando salgas del otro lado de ese máster por el que estás trabajando tan duro, ¿vas a tener amigos o seres queridos con los que compartirlo? Sé que probablemente sea el reciente roce con la muerte, pero diviértete en la vida, Sienna. Sólo se vive una vez».

No me corresponde, lo sé, pero lo digo de todos modos. Porque a veces sólo tienes que hablar y esperar que tu interlocutor te escuche.

SIENNA



O dio decir que sus palabras me afectaron, pero lo hicieron. Aquella noche me quedé a la deriva durante mi turno pensando en la vida. O, más exactamente, en la vida de mi madre.

Tenía leucemia. La mayor parte de sus cuarenta años los pasó entrando y saliendo del hospital mientras la enfermedad hacía estragos en su cuerpo. A veces bastaba un pequeño resfriado para enviarla de nuevo a la UCI, luchando por su vida porque se convertía en neumonía. Mi madre nunca llegó a los cincuenta. Nunca llegó a deprimirse por llegar a la vejez ni a tener una crisis de los cuarenta. Simplemente se desvaneció ante nuestros ojos.

Durante años, mi padre y yo no pudimos hablar de ella. No nos veíamos durante las vacaciones porque su presencia era demasiado pesada. Aunque no podíamos verla, oíamos el eco de su risa. Podíamos recordar todas las Navidades con las que bendijo nuestras vidas, los Halloween en los que nos hizo llevar disfraces a juego, los 4 de julio en los que disparamos fuegos artificiales con todo el vecindario.

La vida no te pregunta si estás preparado para perder a tu madre. Pero supongo que tampoco te pregunta si estás preparado para conocer a un príncipe motociclista. Esas cosas simplemente te suceden y tienes que seguirles la corriente.

Mamá hubiera querido que viviera mi vida. Puede que se sintiera honrada por el hecho de que me convirtiera en enfermera gracias a ella, pero no habría querido que se convirtiera en mi identidad. No habría querido que dedicara cada hora de mi vida a vivir, respirar y comer la vida de enfermera. Habría querido que encontrara el amor, como hizo ella. Hubiera querido que saliera y viviera aventuras. No habría defendido que me quedara en casa encerrada. ¿Qué clase de vida es ésta?

El sol se inclina sobre el horizonte, iluminando las calles y trayendo el olor fresco del café por los pasillos. El murmullo de las voces empieza a aumentar a medida que los pacientes pueden volver a recibir visitas. El tráfico peatonal aumenta y puedo sentir la energía en el aire.

«Roman lleva toda la noche preguntando por ti», me dice Laura cuando paso por delante de la enfermería. Me lo ha estado diciendo cada hora desde medianoche.

Habría ido a verlo yo misma, pero tenía que pensar. Limpié habitaciones, revisé pacientes, actualicé archivos, reponí suministros. Básicamente, hice todo lo posible para evitar entrar en su habitación. Quería evitar ver su hermoso y magullado rostro. Tenía que tomar esta decisión por mí misma. «¿Cómo me veo?»

Sus cejas se levantan. Es la primera reacción que me saca en toda la noche. «Quiero decir, a tu pelo le vendría bien un cepillado y tu bata está un poco arrugada, pero creo que eso sólo dice que has estado trabajando duro».

En lugar de un cepillo, me paso los dedos por el revoltijo de mechones castaño oscuro,

encontrándome con varios enganches por el camino. Hago lo que puedo para despejarlos, pero al final creo que he empeorado las cosas. No puedo hacer nada con los mechones arrugados. «¿Tienes vida personal fuera del hospital, Laura?

«¿Quieres decir cuando no trabajo aquí un millón de horas a la semana?». Exagera poniendo los ojos en blanco. «Claro que la tengo. ¿Por qué? ¿Quieres salir conmigo y mis chicas?».

«Aunque suene tentador, me refería más bien a una vida de citas».

Laura capta rápidamente. «Ah. Vale», asiente cómplice. «¿Te refieres a si salgo con moteros fuera del trabajo?».

«Eso no es...» “Lo haría si estuvieran interesados en mí”, interrumpe Laura. «Pero en vez de eso tengo que conformarme con hombres de negocios sexys. Aunque si pillo a los adecuados, me invitan a buenas cenas. Lo que me ayuda a ahorrar en la factura de la compra».

No puedo evitar sonreír. Laura es una chica dulce y no tiene miedo de hacer que el sistema funcione para ella. «¿No te asusta pensar que esto podría ser lo más lejos que llegues en la vida?».

Se encoge de hombros y se apoya en el escritorio. «¿Y qué si lo es? El trabajo no lo es todo, Sienna».

Es la segunda vez en doce horas que alguien me dice eso, reafirmando mi cambio de ideología. «Gracias. Eres una buena amiga».

Me doy la vuelta y me dirijo a la habitación de Roman. El médico iba a dejarle marchar esta mañana, así que quiero cogerle antes de que haya hecho las maletas. Entro en su habitación y lo encuentro tumbado en la cama, apoyado como de costumbre. «Roman, gracias a Dios que sigues aquí», empiezo, sin aliento después de caminar a toda velocidad, “quiero pedirte una cita”.

Sus ojos azules se abren de sorpresa, pero una sonrisa se dibuja en sus labios. «Vale, vamos.

Su entusiasmo es demasiado bonito. «No podemos irnos todavía. Aún no te ha revisado el médico y todavía me queda una hora de turno».

Del baño adjunto sale otro hombre alto, tatuado, musculoso y vestido de cuero. Hace una mueca de disculpa y levanta las manos. «En mi defensa, si hubiera sabido que ibas a sacar el culo de Roman de aquí, no habría aparecido para llevarlo a casa».

Miro desconcertada de Roman al desconocido y viceversa. «¿Qué?»

«El médico me acaba de dar el alta hace unos minutos. Este es mi amigo, Salvador. Acaba de llegar e iba a ayudarme a vestirme y a salir de este antro. Pero si sólo te queda una hora, esperaré». Roman cruza pacientemente los brazos sobre el pecho. «Probablemente tarde ese tiempo en vestirme de todos modos. Ahora mismo están dando un caso emocionante de Judge Judy».

Savior se encoge de hombros cuando lanzo una mirada en su dirección. «Oye, por supuesto, puedes quedarte con Roman. Ahora está un poco roto, pero limpia bien».

Roman frunce los labios y asiente con la cabeza. «Supongo que tiene razón. Me queda muy bien el traje azul. Aunque no he llevado traje y corbata desde el baile del instituto».

«Todo lo que traje fueron unos jeans y una camiseta. Pero es por la mañana, así que seguro que vais a desayunar, ¿no?». pregunta Salvador.

Están pasando muchas cosas ahora mismo. De hecho, casi diría que demasiado. Las preguntas, los comentarios, los dos hombres. Me siento un poco abrumada. Así que respiro hondo y me recuerdo a mí misma que este es mi primer paso hacia la vida. A veces los primeros pasos son un poco difíciles; no pasa nada. Entonces respondo: «Sí, el desayuno». Porque no sé cuál es la respuesta, pero sé cuál no es: huir de este hombre.

Apareció aquí con cortes y moratones por todo el cuerpo, sintiéndose como un absoluto

infierno. Pero aun así abrió los ojos, me miró y dijo que sabía que era aquí donde debía estar. Y si Roman Taylor puede decir eso con convicción al despertarse del peor día de su vida, entonces yo puedo sufrir un desayuno un poco agotado.

ROMAN



No sé por qué ha cambiado de opinión, pero los dos salimos juntos del hospital poco más de una hora después y no voy a hacer ninguna pregunta. O al menos ninguna relacionada con eso. Pienso hacerle muchas otras preguntas. «¿Cuál es tu coche?»

Sienna señala a lo lejos. «Un Kia Sorrento blanco. ¿Y si te sientas aquí en el banco y yo vengo a recogerte?».

Cojeo un poco. Esperaba que lo ignorara, pero como tiendo a favorecer esa pierna cuando me muevo, no me sorprende que lo mencionara. «Soy un hueso duro de roer, Sienna. Creo que puedo cruzar el aparcamiento». Pero por suerte no está aparcada tan lejos, sólo cuatro pasillos más atrás.

Cuando entramos en su coche, echo un vistazo superficial a su asiento trasero y encuentro un montón de libros apilados en el suelo. «Te tomas muy en serio tus estudios, ¿eh?»

Sienna frunce el ceño y echa un vistazo a lo que estoy mirando. «Ah, esos», murmura antes de encender el coche. «Tengo que llevarlos a mi apartamento. A menos que te interese el fascinante mundo de la enfermería, en cuyo caso eres más que bienvenida a que te preste uno».

«Creo que voy a pasar». Por muy interesante que suene, no me llega al alma. «A menos que quieras intentar ser camarera por una noche. Podríamos cambiar de carrera por un día».

«Tal vez después de que averigüemos si puedes o no administrar una intravenosa sin matar a alguien».

No me pregunta qué quiero desayunar ni adónde quiero ir; Sienna se limita a conducir. Syracuse City no es muy grande, pero tampoco es una ciudad pequeña. En menos de diez minutos, entra en el aparcamiento de lo que supongo que es su apartamento. «¿Te importaría decirme dónde estamos?»

Sienna apaga el todoterreno y saca las llaves del contacto. «Querías desayunar», dice. «Hago una tortilla Denver buenísima».

Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. Después de comer comida de hospital durante la mayor parte del último día, estoy listo para volver a la tierra de la comida de verdad. «¿Una gran tortilla de Denver, dices?» Abro la puerta del coche y salgo. «¿Quieres casarte ahora o más tarde?».

La risa brota de su boca: «Quizá más tarde. Ahora tengo hambre».

Sabía que era perfecta desde el momento en que la vi. Esto sólo lo confirma.

Su apartamento es acogedor. No quiero decir pequeño porque no me parece claustrofóbico, sino del tamaño justo.

Sienna vive en el último piso de un complejo de apartamentos de cinco plantas. Por suerte, hay ascensor. Su cocina da al salón y el salón da a la ciudad. «No es gran cosa, pero es mi casa», dice encogiéndose de hombros mientras se dirige al dormitorio. «El baño está a la izquierda. Ponte cómoda».

Vuelve unos minutos después en pantalones cortos y camiseta. A diferencia de la ropa de quirófano, no le queda ceñida. No puedo decir que me decepcione. Con el pelo recogido en una pinza y los mechones cayendo despreocupadamente a su alrededor, Sienna está -me atrevería a decir- incluso más guapa que antes. Casi puedo imaginarme una vida con esta mujer. Ella caminando con mi camisa, preparándose el desayuno después de un largo día de trabajo, los dos comiendo con sueño huevos y tostadas antes de caer juntos en la cama. Es una imagen tan hermosa que me duele el corazón. Y no puedo dejar de verla.

Sienna se pone manos a la obra para cortar todo lo que necesitamos para preparar el desayuno. Me gustaría poder ayudarla, pero no para de decirme que está bien. «Es una cita, ¿verdad?» Dice con una sonrisa. «Déjame cocinar para ti». Y me quedo alucinado por el repentino giro de 180 grados que ha dado esta chica.

Hace sólo un día no estaba segura de si podía verse a sí misma perdiendo el tiempo conmigo. Ahora está bailando al ritmo de la música que tararea, escuchándome hablar de los hombres de Furia de Titán, como si lleváramos juntos siglos. «Salvador encontró hace poco a una chica. Es muy joven, pero es muy tierno con ella. Nunca lo había visto así». Sacudo la cabeza sólo de pensarlo. Estamos todos en la treintena, todos resignados a vivir la vida de tomar lo que venga y no molestarnos en pedir nada más. Entonces la señora suerte agitó sus manos y los tres -Lázaro, Salvador y yo- encontramos el amor. Puede que el mío aún se esté gestando, pero sé que va a funcionar. Lo siento en los huesos.

«¿Qué tan joven es joven?» Sienna pregunta mientras empieza a preparar las tortillas. «Seguro que sabes que yo tampoco soy demasiado mayor. Tengo veinticinco».

Su preocupación me hace sonreír. «Ella tiene dieciocho. Una jovencita de cara fresca. Savior la ayudó a salir de un mal momento hace unas semanas y luego las cosas siguieron su curso. Tienes edad suficiente para mí, preciosa».

Sienna levanta la vista de las tortillas por un segundo, mirándome con ojos críticos. «¿Por qué siempre me llamas guapa o preciosa? ¿Es porque siempre olvidas mi nombre?».

Nunca olvidaré su nombre. Sienna Clark es el nombre que hace latir mi corazón. «No del todo, Sienna», digo su nombre para que sepa que no lo he olvidado. «Creo que eres preciosa y cada parte de mí quiere decírtelo cada minuto de cada día. Para que nunca olvides que hay alguien ahí fuera que no se cansa de ti».

Los huevos chisporrotean cuando los echa en la sartén. El sabroso aroma llena la habitación. «¿Sabes quién fue la última persona que me llamó guapa?».

Aprieto los puños, preparándome para oír hablar de algún novio universitario que le dijo que le daría el mundo antes de romperle el corazón. Si me dice su nombre, lo encontraré. Apareceré en su puerta y le romperé el cuello.

«Mi padre. Hace un par de años. Fue la primera Navidad que pasamos juntos desde que murió mi madre. Principalmente porque no podíamos soportar estar cerca el uno del otro durante las fiestas. Lo cual es raro porque vive al otro lado de la ciudad, ¿sabes?». Habla mientras cocina, haciéndose querer. «Entré por la puerta principal y a él se le saltaron las lágrimas. Pensé que habíamos cometido un error. Era demasiado pronto, ¿no? Tenía que serlo. Aunque habían pasado años, no eran suficientes. Pero me abrazó y me dijo que me parecía a mi madre, hermosa y elegante. Nos quedamos llorando en la puerta, hablando de nuestros recuerdos navideños

favoritos de ella. Creo que fue realmente catártico para nosotros».

Sé que lo que diga a continuación es crucial. Seguir adelante con Sienna es muy importante para mí. Pero aunque no estuviera interesado en ella, este es uno de esos momentos en los que un amigo te hace una confidencia y tienes que decir lo correcto para no hacerle daño. «Nunca conocí a tu madre, pero apuesto a que tu padre tenía razón. Eres hermosa y agradecida, Sienna Clark. Es una de las primeras cosas que me atrajo de ti».

Antes de que se ponga más seria, Sienna saca un par de platos y pone nuestras tortillas. Una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. «No tengo mesa ni nada. ¿Puedo comer en el sofá?».

No me importa comer donde ella quiera. «Por supuesto. Es mi sitio favorito para comer en casa».

Me pasa un plato y cuando nuestros dedos se rozan, Sienna me mira a los ojos. «Pero me gusta».

La miro con el ceño fruncido. «¿Qué?

«Me gusta que me llames guapa».

SIENNA



No me había sentido así por un hombre desde, bueno, desde siempre. El último chico por el que realmente me sentí viva fue Tommy Hawkins de la secundaria. A él no le importaba que yo tuviera un poco de chatarra en el maletero. Me pasó una nota en clase en la que me preguntaba si quería ir con él al baile de 8º curso, marcará sí o no. Fui con él, de acuerdo, y también recibí mi primer beso. Fue una verdadera lástima que Tommy Hawkins cambiara de colegio entre 8º y 9º curso. Acabó dejando Syracuse City y mudándose a un pueblecito a cientos de kilómetros.

Decir que los hombres que siguieron los pasos de Tommy no eran nada del otro mundo sería quedarse corto. Yo estaba lidiando con los problemas de salud de mi madre y la mayoría de los chicos del instituto se avergonzaban demasiado de salir con una chica mayor. No me gustaba pensar que estaba gorda, pero no era una de esas chicas con una cintura diminuta y un gran trasero. Tenía el culo grande, pero todo lo demás también lo era.

Fue por pura casualidad que me saqué la tarjeta V el verano después del instituto. Estaba triste por el fallecimiento de mi madre y el chico con el que trabajaba en la tienda de ropa del centro comercial era muy simpático. Mi primera vez no fue de fuegos artificiales y explosiones, pero fue dulce. Creo que los dos estábamos nerviosos, lo que hizo que sus torpes intentos de meterla fueran aún más entrañables.

Por desgracia, fue mi primer y último pretendiente. Cuando llegué a la universidad, un par de meses más tarde, me metí en la cabeza que no tenía tiempo para chicos y sexo. Aunque lo había hecho una docena de veces con Craig, el de la tienda de ropa, no entendía por qué tanto alboroto. Eran sólo dos cuerpos golpeándose uno contra otro hasta que el hombre se hacía un lío.

Por eso, sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y mirando fijamente a Roman, me pregunté si las cosas serían diferentes con él. Me hizo reír. Desayunamos y me contó historias que me hicieron llorar de risa. Cuando nuestros platos languidecieron sobre la mesa, seguimos hablando. Llegó el mediodía y, cuando normalmente estaba en la cama, no me sentía cansada en absoluto. Me sentía excitada. Emocionada de estar cerca de este hombre que ni siquiera conocía hace apenas unos días.

«Si no te conociera, pensaría que estoy borracha», digo con una sonrisa. «Tengo la cabeza ligera, el estómago revuelto, estoy borracha».

Los ojos azules de Roman centellean. Creo que eso se llama «flechazo».

El aire silba entre mis dientes mientras hago una mueca de dolor. «Vaya, hacía años que no tenía uno de esos». Tampoco he actuado en uno de ellos, pero Roman no tiene por qué saberlo. «¿Qué debo hacer con este enamoramiento?»

«Creo que tienes que besarme, preciosa», dice Roman encogiéndose de hombros. «Creo que

es la única forma de que sepas si es de verdad o sólo te atraen mi chispeante ingenio y mi personalidad».

Hace una semana no me lo habría permitido. Pero hace una semana pensaba que mi felicidad venía de sobresalir en mis clases. No sabía que podía venir de una buena conversación con un hombre como Roman Taylor. No sabía que podía sentirme así por alguien. «Bueno, si esa es la única manera.» Probablemente no parezco muy femenina cruzando el sofá sobre las manos y las rodillas, pero las cejas de Roman se disparan hacia la línea de su pelo en señal de sorpresa. A escasos centímetros de su cara, puedo oler su lujuria mezclándose con mi anticipación. Pero si me echo atrás ahora, quién sabe cuándo tendré el valor de volver a intentarlo. Así que atrapo sus labios con los míos en un beso sabroso y apasionado.

Roman sube una mano y me coge por la nuca, provocándome un escalofrío. Con la otra mano me acaricia la mejilla, bajando los dedos. Se deslizan por mi mandíbula y se detienen en mi garganta antes de seguir bajando hasta mi pecho.

Ninguno de mis otros besos había sido así. El fuego, el despertar. Cuando las yemas de los dedos de Roman recorren la punta de mi pecho por debajo de la camisa, empujo contra él, desesperada por más. Desliza su lengua por mis labios y toma mi boca con la suya, devorándome por completo.

Mi interior está húmedo. Lo noto bajo los calzoncillos. El punto entre mis muslos me duele con un deseo que nunca antes había sentido y sé que si aprieto los muslos no saciaré mi necesidad. Lo único que lo hará es este hombre hermoso y roto. Sé que debería cuidarlo para que se recupere, pero lo único que deseo es desnudarlo y que me tome aquí, en este sofá.

«Sienna», exhala profundamente al romper el beso, con los ojos cerrados en un intento de recuperar el control. «Si no paramos ahora, me costará mucho parar después. Y quiero que sepas que te respeto demasiado como para aprovecharme de ti en nuestra primera cita».

Me alejo de él y vuelvo a sentarme. Necesito más de él, eso es indiscutible. Por mucho que me guste que quiera respetarme, esta no es nuestra primera cita. «Creía que nuestra primera cita fue aquella primera mañana en el hospital. O anoche cuando te tomaste la molestia de traermme bistec y rosas». Cualquier cosa menos esta mañana.

Es suficiente regateo para Roman. Me agarra por los muslos y tira de mí hacia él, apretando sus labios contra los míos en otro beso estremecedor. Su mano se desliza bajo mi camisa y rápidamente encuentra mi pecho. Unos dedos duros y ásperos me rozan delicadamente el pezón, provocando que me arquee hacia él en respuesta. Mi cuerpo zumba de necesidad ante la forma tan experta en que me toca.

Pero la tela sigue interponiéndose en el camino de lo que Roman quiere hacer, también me está haciendo enrojecer de calor, incluso más que sus caricias. Rompe el beso para agarrarla por el dobladillo y tirármela por la cabeza, tirándola a un lado para que no le estorbe. «Tu cuerpo es precioso», jura cuando ve mi top medio al descubierto.

Roman me obliga a retroceder y se sube encima de mí. Siento su longitud presionando contra mis muslos. En lugar de volver a mi boca, sus labios se dirigen a un pezón. Sus dientes rozan la tierna carne y jadeo de placer. Su barba me hace cosquillas en la piel mientras me pasa la lengua por el pezón, envolviéndolo en un calor húmedo.

Cualquier experiencia que haya tenido antes de esto no es nada comparado con el placer que estoy sintiendo ahora. No puedo dejar de dejarme llevar por sus experimentadas caricias. Sobre todo cuando su mano se desliza por debajo de mis calzoncillos y mis bragas y empieza a frotarme el coño.

Sus dedos recorren mis delicados pliegues y no se parecen a nada que me haya hecho antes.

Todos los orgasmos que me he dado palidecen en comparación con sus dedos golpeando mi clitoris al ritmo de mi corazón.

Me siento como un gatito ronroneando cuando empieza a coger el ritmo. Sus dedos trabajan mi coño como si fueran mágicos. Su boca salta de un pezón a otro. Su mano libre recorre el costado de mi cuerpo, explorando mis curvas como si fuera un nuevo continente. Me encuentro maullando y retorciéndome contra él, desesperada por conseguir la cantidad justa de fricción para la llama que arde en mi interior.

Sé lo que se avecina. El orgasmo que se avecina me hace abrir las piernas todo lo que puedo, abriéndome a Roman. Y entre sus dedos metiéndose entre mis piernas y su boca presionando mis otras zonas erógenas, el placer me inunda como una ola. Jadeo su nombre cuando me invade, apenas puedo hablar más allá de un susurro mientras me ahogo en las convulsiones de lo que me hace sentir bien.

«Te quiero dentro de mí», le suplico a Roman mientras sus dedos me acarician. Estoy bajando de mi subidón, pero no quiero hacerlo todavía. Quiero saber lo diferente que es tenerlo dentro de mí y lo que sentí aquella vez.

«Gracias a Dios», jura, quitándose la camiseta por encima de la cabeza. «Yo también quiero estar dentro de ti». Roman se levanta para seguir desnudándose, pero no puedo apartar los ojos de su pecho. Sabía que estaba cubierto de tatuajes, pero verlo aquí y ahora es otra cosa.

Tiene moratones y cortes que no han cicatrizado por todas partes. En la poca piel que no está estropeada por el accidente, la ha cubierto de tinta negra indeleble. Es una obra de belleza magullada. Se quita los pantalones y tiene esos músculos cortados en V que apuntan directamente hacia su polla, que se levanta como si estuviera lista para saludarme. «Tenemos que quitarte esos pantalones cortos», dice Roman con una ceja ladeada.

Agarro la tela y me los quito, las bragas con ellos. Se coloca frente a mí como un Dios musculoso y malvado y yo me tumbo en el sofá en reposo desnuda. Mi interior sigue palpitando de necesidad por él. Sólo con mirar ese apéndice entre sus muslos me estremezco. Es un momento de pura lujuria entre nosotros. Su mirada sobre mí no se parece a nada que haya sentido antes.

Se acaba demasiado rápido cuando vuelve a ponerse encima de mí. Su boca cubre la mía y siento su mano entre los dos, dirigiendo su polla hacia mi entrada. Me estremezco cuando me penetra, metiendo su monstruoso miembro hasta la empuñadura. Me absorbe por completo.

Roman me agarra la pierna y la sube hasta su cadera, mientras su polla se adentra cada vez más en mi interior. «Eso es, preciosa», gruñe mientras aparta su boca de la mía, “agarra mi polla con tu coño”. Arrastra las caderas hacia atrás y vuelve a penetrarme, dejándome sin aliento.

No sabía que fuera posible sentir tanto placer. Entrelazo mi pierna libre con la suya, meciéndome contra sus caderas mientras me penetra una y otra vez. La cabeza de su polla roza mi punto G con cada embestida. Me agarro a sus brazos y le aprieto con fuerza, temiendo que, si no lo hago, pueda astillarme cuando me alcance el orgasmo.

Pero Roman no teme nada. Sigue empujando dentro de mí, decidido a que yo encuentre mi placer antes de que él encuentre el suyo. «Ven por mí, nena».

Nunca nadie me había hablado así, pero es sucio y caliente, y funciona. Me convulsiono alrededor de su polla en un orgasmo chillón. Roman no se queda atrás. Puedo sentir su cálido placer mientras pronuncia mi nombre como una palabrota.

Hace unos días no sabía cuándo volvería a tener sexo. No estaba en mi radar. Ni siquiera estaba en mi mente. Un chico guapo no era algo en lo que siquiera pensara. Ahora uno me llena de su amor, en más de un sentido, y creo que estoy arruinada. Segura de que en lo único que

pensaré el resto de mis días es en cuándo volveré a tener sexo, si será con Roman, y si alguna vez algo realmente importó antes de que él entrara en mi vida.

ROMAN



1 semana después

Con las manos tapándole los ojos, camino como un pingüino detrás de Sienna. El corazón se me acelera en el pecho al darme cuenta de que es la primera vez que va a ver Brickhouse. ¿Y si no le gusta? ¿Y si piensa que no es lo que parece? «Recuerda, es sólo un bar», le digo para que no se desilusione cuando retire las manos.

Pero se las quito de los ojos y parece gratamente sorprendida. Se le iluminan los ojos y mira a su alrededor con la mandíbula desencajada y un gesto de sorpresa en la cara. «Vale, no te sorprendas si te digo que he estado en muy pocos bares en mi vida», empieza Sienna, »¡pero esto está bien! ¿Tienes fotos del antes?» Las tengo en el móvil, que saco y le enseño. Cuando ve lo que heredé hace unos años frente a lo que tiene delante de sus ojos, Sienna niega con la cabeza. «Sinceramente, esto es increíble. Eres muy bueno con las manos».

Le dedico una sonrisa pícaro y un guiño. «No es la primera vez que dices eso».

Sienna se ruboriza y pone los ojos en blanco. «Shh. Nada de eso cuando tus amigos estén aquí. No quiero que sepan lo que hacemos a puerta cerrada».

Ha sido difícil pasar tiempo a solas con Sienna. Aunque ha dejado de estudiar de sol a sol, sigue pasando doce horas al día en el trabajo, cinco días a la semana. Intento ir al hospital después de cerrar en Brickhouse, pero a veces está ocupada. Algunos días le dedicamos un par de horas al día, pero está muy ocupada. «A nadie le importa lo que hacemos a puerta cerrada, preciosa. Somos adultos».

Pero honestamente, creo que Sienna está preocupada por conocer al equipo de Furia de Titanes. Se preocupa por elegir el atuendo adecuado para esta noche y se decide por unos vaqueros y una camiseta de tirantes que la gravedad amenaza con tirar en cualquier momento. Si no fuera por su pecho hinchado, la blusa ya se habría caído. Lleva unos zapatos de tacón y el pelo rizado. Es la vez que más arreglada he visto a Sienna y sigue llevando vaqueros. Me encanta.

«¿Qué tal si vienes a sentarte a la barra mientras me aseguro de que todo el mundo lo tiene preparado? ¿Quieres tomar algo?»

Sienna me coge de la mano mientras la acompaño. «¿Tienes una copa de vino?». pregunta en broma.

Normalmente la gente no viene a Brickhouse por el vino. «Lo más parecido que tengo son unas neveras para vino. Seagrams Escapes o algo así», murmuro mientras me dirijo detrás de la

barra para sacar una para ella. «Jamaican Me Crazy». Es el nombre de la bebida y la forma en que me siento cada vez que estoy cerca de ella.

«Es bonito», dice sonriendo mientras destapo la botella rosa. «Me la tomaré». Se la lleva a los labios y la inclina hacia atrás. Veo cómo se traga el líquido y se me ocurren media docena de pensamientos obscenos sobre qué otra cosa podría estar llevándose a la boca ahora mismo. «Sabe afrutado. Me encanta».

Les he dicho a los chicos que estén tranquilos esta noche. Por lo que sé, Sienna no tiene mucha experiencia en clubes de motociclistas. Si hace falta un poco de coraje líquido para que esté lista para conocerlos, por mí está bien. Las copas de vino tienen bajo porcentaje de alcohol. «Ya vuelvo, hermosa.»

El personal ha estado preparando el bar durante la última media hora. Cortando fruta, trayendo hielo, asegurándose de que los baños están abastecidos, de que todo el licor está a la vista y de que tenemos reservas para nuestras bebidas más populares, entre otras tareas. Es un buen equipo. Ayuda que el equipo de Titan's Rage dé buenas propinas. Les interesa ofrecer un buen servicio, tanto si preparan las bebidas como si las sirven».

Un rápido paseo por Brickhouse me dice que todo va sobre ruedas. Las puertas están abiertas y preparadas para recibir a la gente, pero ya llegarán a su hora. Como es entre semana, puede que haya menos gente de lo habitual, pero no pasa nada. Será una velada agradable y tranquila para que Sienna conozca a algunos de los miembros del club.

Cuando vuelvo a la parte delantera del bar, ya está hablando con King. Es mecánico y muy bueno. Hace un par de días me dijo que le había llegado una moto que estaba arreglando para mí.

King está apoyado en la barra, haciendo todo lo posible por flirtear con Sienna. Puedo verlo en sus ojos. Le muestra su sonrisa característica y mueve las cejas. Me acercaría y le pegaría, pero Sienna parece esquivarlo con facilidad. Por no mencionar que King es un playboy que no tiene ningún interés en sentar la cabeza y encontrar una mujer. Coquetea con todo el mundo. «Hola, Roman», me lanza una mirada cuando me acerco, “acabo de conocer a tu chica y tengo que decir que es desampañante”.

«Eres muy amable», Sienna baja la mirada hacia sus bebidas.

Desvío la atención de King preguntándole por la moto. Si se siente avergonzada por su atención, no quiero que vaya a más.

«Yo diría que dame otro par de semanas y estaremos listos. Estará lista para llevar a Sienna de paseo en un santiamén», anuncia con una sonrisa provocativa.

Me encantaría subirla a lomos de una moto. Tenerla apretada contra mí, con los brazos rodeándome la cintura. Montar en bici es una de mis actividades favoritas y estoy deseando compartirla con Sienna.

Se excusa para ir al baño, dejándonos a King y a mí de pie viéndola alejarse.

«Así que ahora estás encerrado, ¿eh?». pregunta King con una risita. «Es preciosa, esa».

No necesito decirle que Sienna está fuera de los límites. Lo sabe con solo llamarla mi chica. «Es todo lo que siempre he querido, King. No creo que esté tan encerrado como para averiguar por fin dónde debo estar el resto de mi vida».

Se gira para mirarme, una mirada triste aparece en sus rasgos habitualmente juguetones. «Me alegro por ti, de verdad. Parece que todos los tíos encuentran una vieja con la que sentar la cabeza».

Casi suena como si estuviera celoso, lo que me produce una punzada de empatía. «Tu chica vendrá. No te preocupes. Me costó casi morirme encontrarla», hago un gesto con la cabeza en dirección a los baños. «La chica de Lázaro es una fugitiva. Salvador salvó literalmente a su

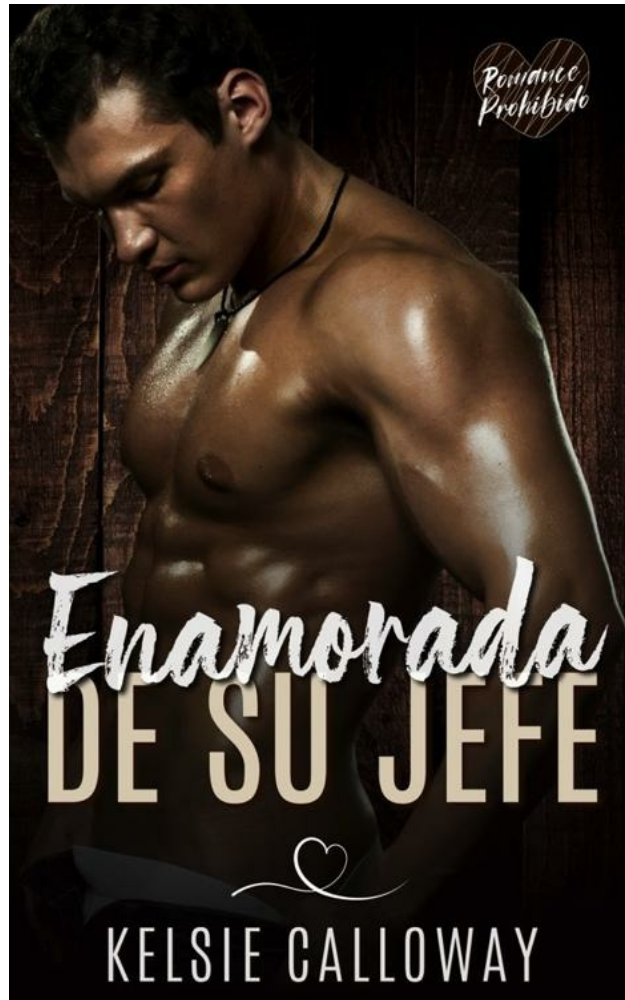
chica. Nada de esto es normal. No esperes encontrarla parada en una esquina esperándote. Pero cuando la encuentres, no jodas con ella como con esas otras chicas con las que has estado saliendo. Quiérela mucho, King».

Sienna sale del baño y empieza a caminar hacia nosotros. Cuando me ve mirándola, sonrío. «Cuando encuentres a la mujer adecuada, lucha por ella. Pase lo que pase».

Podría haberme rendido con Sierra cuando me dijo que no estaba segura de querer seguir saliendo conmigo, pero sabía que esa no era la respuesta correcta. Es una mujer especial que merece que la quieran y la traten bien. Y mientras me tenga, eso es lo que voy a hacer. Si sólo soy una distracción pasajera en su vida, un lapsus momentáneo para ella, está bien. Pero hasta que me eche a la calle, voy a amarla con todo mi ser.

Porque Sienna Clark lo es todo para mí. Ella es mi razón de vivir.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>